



Finalista Certamen
de literatura “Miguel Artigas”

Sergio Allepuz Giral

Nació en Barcelona hace 41 años, aunque reside en Zaragoza desde 1998. Ha empezado a concursar en certámenes literarios de forma reciente, en noviembre de 2011, en categorías de microrrelatos, relatos cortos y cartas, en tan corto espacio de tiempo ha obtenido los siguientes resultados destacables:

Finalista en el certamen de microrrelatos de la FABZ (Federación de asociaciones de barrios de Zaragoza) en febrero de 2011, con la obra A RAS DE SUELO, publicada en la revista LA CALLE DE TODOS en su número de marzo.

Tercer premio en concurso de relatos temáticos sobre los barrios, de la Asociación de Vecinos de Aluche de Madrid (www.avaluche.com), con el relato EL VEINTISIETE, publicado en internet en la página web de la asociación organizadora.

Microrrelato temático sobre la amistad, de título EL AMIGO, seleccionado y publicado por la editorial sevillana “Hipálage”, en su libro de reciente edición: “Amigos para siempre”.



La nevera

Sergio Allepuz Giral

El mío es un pueblo de final de carretera donde, como en todos los pueblos del mundo, vivimos de la esperanza. Esperanza de lluvia, esperanza de que no granice, ni hiele, ni enferme el ganado y, sobre todo, la ingenua esperanza de que las cosechas sean razonablemente buenas y nos permitan seguir trabajando un año más esta dura tierra, a cambio de nuestra libertad.

Aunque un poco aislados, estamos muy tranquilos y más aún, en los duros tiempos de la guerra civil que parecía ocurrir en todas partes menos aquí, en Orera. Nada supimos de grandes batallas, ni de bombardeos, ni mucho menos de desfiles y medallas; pero yo, guardo un secreto en el monte que mucho tiene que ver con la guerra.

La Sierra del Espigar que nos envuelve, con un manto aromático (bordado con pinos, chaparras, romeros y tomillos) esconde un acto curioso que ocurrió en una época confusa y disparatada de nuestra historia. Sobre todo, de la historia personal de mi pobre vecino Antonio.

¡Y lo agradecido que está conmigo el buen hombre! No os lo podéis ni imaginar... Y es que, según él mismo, me debe la vida.

No sé si hago lo correcto al desvelar nuestro secreto en éstas páginas, pero, tal y como está la literatura, tampoco creo que se entere nadie. Hasta hoy, solo lo sabemos mi mujer, Antonio y un ser-

vidor. María y yo hemos callado como tumbas y Antonio no puede hablar con nadie, en su rústico hogar, sin más vecinos que los conejos, la zorra, las culebras y los jabalíes del monte.

Todo empezó el año 1937. Antonio, me vino un día muy asustado y nervioso porque había leído en la prensa que el ejército avanzaba por nuestra comarca y ya estaban en las puertas de Calatayud. Según él, si llegaban a Orera y lo encontraban, lo fusilarían seguro, ya que se oían rumores de auténticas barbaries ocurridas en otros pueblos no muy lejanos. Desesperado tenía que estar el buen hombre para acudir a mí, teniendo en cuenta que nunca habíamos congeniado demasiado; pero yo conocía el monte como pocos en el pueblo (por haber estado desde los seis hasta los diecisiete años de pastor) así que si alguien lo podía esconder con cierta garantía, ése era un servidor.

Sin perder un minuto, él cogió los enseres indispensables (manta, ropa de abrigo, algunas mudas, agua, pan y un queso), lo cargamos todo en mi borrico y, al atardecer, entre dos luces y sin dar explicaciones a nadie (ni siquiera a Luisa, su mujer, ni a sus dos hijos, ya que hubieran confesado los tres rápidamente en el primer interrogatorio, tal como le insistí a Antonio) nos dirigimos al monte.

Llegamos a una nevera que ya no se usaba desde hacia varios lustros y tras acondicionarla un poco, quitando piedras desprendidas de sus paredes, poniendo hojas secas y mantas en su fondo, así como cortando ramas de chaparra para crear una tapadera que ocultase su abertura superior, la convertimos en la nueva y no muy acogedora vivienda de Antonio.

Al día siguiente, su desaparición era la gran noticia del pueblo. No se hablaba de otra cosa en los mentideros de la plaza del Ayuntamiento y del pilón. En el bar, entre guiñote y guiñote, se barajaban diferentes teorías.

Según Andrés, el panadero (quien siempre había odiado al desaparecido por alguna turbia y vieja disputa familiar por la linde de una pieza de perales), Antonio habría marchado a Zaragoza para escapar de su mujer que era un adefesio (dicho sea de paso, no había para tanto, ya que a Luisa no le faltaron pretendientes de soltera).

Teófilo, el viejo maestro que por su formación y por su edad, era persona ecuánime y sensata (a excepción de cuando iba bebido que solía ser todas las tardes) tenía la opinión de que el desaparecido regresaría en cualquier momento, después de alguna larga juerga por Calatayud.

El alcalde, Don Julián, no tenía teoría propia, pero por civismo, por lealtad al pueblo, para dar ejemplo de su autoridad y porque era persona de acción, organizó dos partidas de búsqueda al más alto nivel, en las que participaron medio pueblo (la otra mitad no quiso ayudar, por cosas de la guerra que nos tenían divididos). Una expedición anduvo por el camino del tejar y las buitreras, por donde Antonio solía pasear a veces por la tarde, cuando hacía buen tiempo; y la otra, tomó el camino a Viver de Vicort, donde tenía el desaparecido un campo de almendros que también podría haber visitado ese día (ya que su mujer recordaba que lo mencionó en la comida) pero no se encontró a Antonio, ni su ropa, ni ninguna herramienta o enser que pudiera relacionarlo con los lugares investigados por los hombres del alcalde.

Los siguientes días fueron decisivos. Intervino la Guardia Civil y recorrieron todo el término a pie y a caballo. Yo estaba asustado, la camisa no me llegaba al cuerpo. ¡En mala hora me decidí a ayudarle! Si ahora le descubrían escondido en la nevera, me fusilarían inmediatamente, por imbécil y por poner patas arriba a todo el pueblo movilizándolo a la Autoridad.

Pero no ocurrió nada en absoluto. Para mi sorpresa, la Guardia Civil no encontró a nadie. El alcalde y sus hombres, menos. La mujer de Antonio y sus hijos, en patrullas organizadas por su propia cuenta, tampoco descubrieron nada de interés. Así que en la segunda semana desde la misteriosa desaparición, cuando ya se me iba escapando el miedo del cuerpo, me acerqué una noche a la nevera y le conté a Antonio lo que se cocía en el pueblo. Llevé víveres, cosa que él agradeció porque se había quedado sin nada que echarse a la boca desde hacía un par de días. Le dije que, aunque la cosa estaba tranquila, en cuanto a la búsqueda, no era así en cuanto a la guerra. Había fusilamientos cada semana en la ribera del Perejiles y aunque en nuestro pueblo no se había producido ninguno (gracias en buena medida, al carácter mediador y contemporizador del alcalde Don Julián) no era aconsejable que abandonara su escondite y menos aún, cuando este, demostró ser tan seguro que había superado la reciente y exhaustiva búsqueda de la mismísima Benemérita.

Retomé mi vida normalmente.

Por las mañanas acudía al campo a trabajar en las piezas de almendros de la familia de mi mujer y en los campos de ciruelos y melocotoneros que nos dejaron mis padres al casarnos. Era la época de la poda y en esa tarea pasaba yo esas frías mañanas. Comía puntualmente a la una, con María, cerca del hogar y con nuestros dos hijos, que contaban diez y once años, y ya ayudaban, criando dos cerdos (uno para casa y otro para vender), atendiendo al borrico y colaborando en el campo, según las necesidades familiares. Cuando después de comer, los chicos salían a jugar o al campo (las menos de las ocasiones, ya que en invierno las faenas eran menos urgentes y se solventaban prácticamente todas por la mañana) María y yo, casi susurrando, nos poníamos al día en los asuntos del vecino Antonio.

Ella le preparaba comida, yo se la llevaba una o dos noches a la semana y me bajaba su ropa para que María la limpiase en el lavadero, a revueltas de la mía, siempre lejos de la vista de Luisa, no fuera caso que reconociera las prendas de su esposo. Tanto la ropa como la comida, la llevaba oculta en sacos o canastos cerrados, simulando ir al monte a por rebollones, piñas o leña; aunque lo preferible era no encontrarse con nadie para no tener que dar ninguna explicación, ni levantar ninguna sospecha, como lograba la mayoría de las ocasiones.

Así pasaron los días primero y las estaciones después, hasta que terminó la guerra en abril del año 1939. Le conté a Antonio la noticia y aunque primero se alegró mucho, se apenó y lloró como un niño pequeño cuando le dije que ahora estaría todo más peligroso todavía, ya que la posguerra, traería consigo venganzas y represalias para los perdedores de la contienda y no era en absoluto conveniente que se dejase ver todavía; pero que, si todo se tranquilizaba, él sería el primero en saberlo.

¡Pobre Antonio! La cara que puso ese día no se me olvidará en la vida. Así que lo dejé ahí, con nuevos y buenos víveres (incluso magdalenas recién hechas y longaniza en aceite que María había preparado y reservado especialmente para él) para que se sintiera algo mejor y se quedó en el monte, que empezaba a ser su verdadero hogar, disfrutando de la primera primavera de paz en España desde que estalló la guerra en aquel lejano 1936.

En el pueblo, ya nadie hablaba del desaparecido. Nadie le buscaba, ni siquiera su mujer, ni sus hijos que lo daban por muerto. Pensaban que lo habrían fusilado en alguna cuneta o que habría muerto por alguna bala perdida en los campos de alrededor, sin que nadie se lo hubiera comunicado a ellos,

por haber terminado enterrado en alguna improvisada fosa y sin identificar. Empecé a sentirme poderoso y seguro de mí. Había cambiado el destino de un hombre y el de toda su familia con un pequeño secreto. María era de la opinión de cortar ya la situación, hacer regresar a Antonio y que ocurriera lo que tuviera que ocurrir, pero a mí no me convenía la idea, así que se la quitaba a ella de la cabeza con razonamientos que abogaban por nuestra propia seguridad y la de nuestros hijos. Luisa y su prole trabajaron para nosotros en los primeros años de la desaparición (Antonio siempre me agradecía en nuestras conversaciones que cuidara tan bien de su familia) y nosotros les dábamos comida y les ayudábamos en lo que podíamos, ya que pasaron unos primeros tiempos muy difíciles al faltar el hombre de la casa.

Con el paso de los años, Luisa consiguió que dieran a Antonio por muerto de manera legal y se casó con un pretendiente que ya tuvo antaño, allá por el 1930 y que se quedó soltero, esperando al amor de su vida que ahora, por fin, era oficialmente viuda. Se llama José; aunque no es muy trabajador, es muy buena persona y nunca se vio a Luisa tan contenta y radiante. Mi mujer me dice que incluso está segura de que Luisa ha visto alguna vez, en el lavadero, las camisas de Antonio, con las iniciales que ella misma les bordó en el bolsillo izquierdo de recién casados y ha disimulado descaradamente, desviando rápidamente la vista hacia otro lado. Yo creo que sabe algo, pero prefiere no saber, ya que no le va tan mal con su Pepe...

María y yo nos vamos haciendo mayores y nuestros hijos decidieron marchar a Zaragoza, hace algunos años, a trabajar en una fábrica de baterías. Ha habido una desbandada de jóvenes que han emigrado a las capitales o incluso al extranjero, sobre todo a Francia. Corre el mes de febrero del año 1960 y ha llegado el primer tractor al pueblo. Todos hemos ido a verlo en acción y el espec-

táculo ha merecido la pena. Hace el trabajo de veinte hombres, sin sudar y sin caballerías, surcando la tierra con sus rejas metálicas, pero nosotros no podemos pagar uno todavía. Quizás el año que viene...

Atardece y hace frío. Pienso que será buena idea subirle a Antonio una cena caliente y una manta limpia. Cojo la senda del refugio (menos transitada que el camino a Viver) procuro que no me vea nadie, como he hecho todos estos años con tanto éxito y me adentro en la sierra. Es curioso cómo los recuerdos más fuertes suelen ir relacionados con los olores. El olor del monte, del pan recién hecho, de la longaniza frita, de las brasas, de la tierra mojada o del verdín de las balsas de riego, son algunos de los olores de mi vida; pero para mí, el olor de las chaparras y los tomillos que impregna la senda que conduce a la nevera se ha convertido, con el pasar de los años, en el olor de mi peculiar relación con Antonio.

María se ha acostumbrado y ya nunca me pide que dejemos bajar del monte a Antonio. Ya no tiene sentido. ¿A dónde volvería él?

Al pobre le ha sentado bien la vida en el monte. Lleva veintitrés años viviendo en su agujero de piedras con colchón de paja, sin tener más contacto con la humanidad que nuestras breves conversaciones nocturnas, cuando le llevo ropa limpia y comida que él recibe como verdaderos tesoros. Levanto el techo de ramas y le encuentro ahí, con sus cincuenta y seis años, su barba cana, mirando hacia arriba y sonriendo feliz como un niño por mi visita. No se levanta a saludar ya que le duele mucho la cadera: supongo que demasiada humedad e intemperie en los últimos años le han podido perjudicar un poco.

Le cuento que el F.C. Barcelona puede ganar la liga de fútbol este año, como hizo la temporada anterior de 1959/1960, pero que el Real Madrid resurgirá sin duda alguna. En esto estamos siempre de acuerdo, aunque los dos opinamos que mientras el Barcelona tenga a Ramallets en la portería y a Kubala y Luis Suárez en la delantera, el resurgimiento blanco puede tardar un poco.

Miro al hombre de la nevera y me cuesta creer que sea la misma persona. Éste no es el señorito que hace más de veintitrés años se hacía llamar Don Antonio, se sentaba en una silla de anea, a la sombra, supervisando nuestro trabajo en sus campos (pagándonos poco o nada, tarde y mal, siempre a su antojo) y leyendo el periódico con un botijo de agua fresca a sus pies. Solo teníamos una cosa en común: nuestra afición por el Real Madrid. En todo lo demás, siempre hemos sido distintos, incluso opuestos, sobretodo en política. Por eso me sorprendí tanto cuando me pidió ayuda aquel lejano día de 1937 en plena guerra civil; pero, claro, yo conocía el monte y sus secretos y él, no. Así que, cuando hoy, después de hablar largo y tendido de fútbol y otras cosas, me pregunta:

Oye, Tomás. ¿No es sorprendente que los rojos ganasen la guerra? Yo no hubiera apostado ni un duro por ellos.

Ya no le veo como el cacique que fue. Se me viene el mundo encima y me doy cuenta de lo que he hecho. ¡Le he arruinado la vida! Él se fió de mí y yo he ejecutado a la perfección una venganza personal. Me clava su triste y solitaria mirada (forjada en el aislamiento al que le he sometido) esperando una respuesta. Es muy difícil deshacer semejante entuerto. Cómo podría explicarle que yo le odí durante mucho tiempo, que le consideré mi enemigo, que vi en su petición de ayuda una oportu-

tunidad para la venganza y sobre todo ¡que ni su familia espera su regreso! Es imposible justificarme, así que, mientras el olor de los tomillos me inunda la nariz, le miento una vez más:

Es muy sorprendente, Antonio, pero ya lo dijo el actual presidente de la república, el General Líster, en su discurso de toma de poder: “lo difícil puede ser fácil y lo cierto puede llegar a ser una gran mentira”.

Y es que, entiéndanme ustedes, la vida es hartó complicada. Mantengo a quien creí mi enemigo escondido y cautivo en el monte con mentiras, cuando parecía imposible y ahora, que nuestra amistad es sincera, debo seguir mintiéndole para protegerlo de su dura realidad.

